

11 de noviembre de 2024 - 32º domingo "B"

[1Re 17:10-16; Heb 9:24-28; Mc 12:38-44](#)

HOMILÍA

Queridos hermanos y hermanas,

Cada año conmemoramos en nuestras celebraciones litúrgicas el ciclo de los principales acontecimientos de la vida del Salvador Jesús y leemos sus enseñanzas en el Evangelio, siguiendo un ciclo de 52 domingos llamado año litúrgico, que comienza el primer domingo de Adviento. Estamos, pues, muy cerca del final de este ciclo, y las lecturas de los últimos domingos del año nos hablarán del fin de los tiempos. Una de las características de este fin de los tiempos, según el Evangelio, será la inversión de las situaciones: los que han sido desfavorecidos y oprimidos en esta vida estarán en la alegría, y los privilegiados de este mundo que han vivido sin compasión por los menos afortunados estarán en el dolor. Este es el contexto en el que debe entenderse el Evangelio de esta mañana.

Hay un contraste entre los ricos y los pobres: los ricos representados por los escribas, y los pobres representados por la viuda que deposita su pequeña moneda de plata en el tesoro del Templo.

Los turistas ricos que viajan a países pobres tienen a menudo la oportunidad de dar monedas a los pobres, especialmente a los niños pobres que corren detrás de ellos. Se trata, sin duda, de un gesto encomiable. Al mismo tiempo, esta situación tiene algo de chocante. La viuda del Evangelio, en cambio, al igual que la viuda de la primera lectura, que da de comer al profeta Elías, son personas pobres que dan a los pobres. Dan de lo esencial, no de lo superfluo.

Y esto nos enseña algo muy hermoso sobre Dios. Si Dios fuera un rico que da de su abundancia, estaría mejor representado por los escribas del Evangelio que por la viuda que deposita su óbolo. ¿Pero no podemos decir que Dios no nos da de su riqueza, sino de su pobreza? Sí, porque Dios se reveló en Jesucristo, que se hizo pobre con nosotros y por nosotros. En Jesús de Nazaret, Dios no se nos apareció como un turista rico que tiraba dinero a los niños pobres, sino como un pobre que compartía su vida con nosotros.

Si el Evangelio fuera sólo una condena de los ricos, podríamos sentirnos bien, ya que la mayoría de nosotros podemos considerarnos, si no pobres, no precisamente ricos. Y así podríamos pensar que las duras (o al menos exigentes) palabras del Evangelio contra los ricos no son para nosotros. Pero éste no es el verdadero mensaje del

Evangelio: el mensaje de Jesús es que espera que demos no tanto de lo que tenemos (poco o mucho) como de lo que somos, de nuestra propia vida; que vivamos al servicio de los que nos rodean o se encuentran en nuestro camino.

Y creo que esto nos ayuda a entender el significado de los ministerios en la Iglesia de Dios. A los que son ordenados al sacerdocio o a otros ministerios no se les da una especie de banco de riquezas espirituales para que las distribuyan como turistas ricos a niños pobres, sino para que se den a sí mismos, tanto en su pobreza personal como en su riqueza, para que los dones que Dios ha puesto en todos y cada uno puedan manifestarse y crecer.

Una de las cosas maravillosas de cualquier ministerio espiritual es que a menudo podemos transmitir lo que no tenemos. Siempre me ha llamado la atención un pasaje del "Diario de un cura rural" de Bernanos: Este joven cura rural tiene que asistir a una gran dama, una condesa, que se encontraba en una situación de terrible angustia y aflicción. Él mismo, en ese momento de su vida, estaba atravesando una enorme crisis interior que nadie conocía. A través de su ministerio devolvió la serenidad a la señora, que murió en gran paz. Más tarde, escribió en su diario: *"'Está en paz', le dije. Y recibió esta paz de rodillas... Fui yo quien se lo dio. Oh maravilla, que uno pueda así hacer un regalo de lo que no posee, o dulce milagro de nuestras manos vacías!"*

Evidentemente, todo esto está mejor expresado en el pasaje de la Carta a los Hebreos que hemos leído antes. Jesús no entró en el santuario con sacrificios materiales, sino con su propia sangre. Esto significa que no nos dio "cosas", sino que se dio a sí mismo. Nos dio su ser, su vida. Se entregó a nosotros como alimento de vida.

Pidámosle que nos descubra cómo, desde lo más profundo de nuestra pobreza, podemos ayudar a los demás a descubrir sus riquezas compartiendo con ellos, incluso lo que no tenemos.

Armand Veilleux